





**MIENTRAS EL MUNDO  
SE DESMORONA**

**¿Qué haremos con nuestra vida...sin planeta?**



**MIENTRAS EL MUNDO  
SE DESMORONA**

**¿Qué haremos con nuestra vida...sin planeta?**

**Carlos Castaño Jaramillo**

**autoreseditores.com**

© Carlos Castaño Jaramillo  
© **autoreseditores.com**  
Derechos reservados conforme a la ley.  
Hecho el depósito legal.

Castaño Jaramillo, Carlos  
Mientras el mundo se desmorona / ¿Qué haremos con nuestra vida...sin  
planeta? Carlos Castaño Jaramillo  
Primera edición: Santa fe de Bogotá  
146 p.; 21cm x 14cm.  
Ilustración de la portada proporcionada por **autoreseditores.com**

Segunda edición: agosto de 2019

ISBN: 978-958-48-6337-9

Contacto con el autor  
Email: [cacastaj@yahoo.es](mailto:cacastaj@yahoo.es)  
Twitter: [@cacastaj](https://twitter.com/cacastaj)  
Facebook: Carlos Castaño Jaramillo  
Instagram: castanojaramillocarlos

1. NOVELA COLOMBIANA. Título.

Impreso y hecho en Colombia / Printed and made in Colombia

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio mecánico o electrónico y con cualquier propósito, sin la autorización escrita del autor.

A  
todos  
los árboles del  
mundo; a los de grueso  
y delgado tronco, a los altos y a los  
bajitos, a los frondosos y a los simples,  
a los de amplio y escaso follaje, a los de  
todas las formas, colores y tamaños, a  
los que aún viven y a los que viven ya en  
sus restos en forma de puertas,  
vigas y muebles  
de  
nuestras  
casas,  
a los  
que  
han  
sido  
vueltos  
leña,  
carbón  
y cenizas  
en nuestras hogueras  
por los siglos de los siglos;  
a los que viven a través de este papel en el que van impresas  
estas letras.





**Martes, 11 de septiembre de 2001**

Gente arriba, gente abajo, gente al norte, gente al sur, gente afuera, gente adentro, gente que grita, gente que calla, gente que pregunta y gente que responde, gente a diestra y siniestra; gente que mira a la otra gente que también mira y le ofrece a voz en cuello sus productos para que también la otra gente se los compre, gente motorizada, gente a pie, gente aglutinada, gente sola en medio de la garullada, gente pobre, gente rica, gente justa, gente injusta, gente que manda, gente que obedece, gente que da y gente que recibe, gente, gente, gente que va y viene.

Estoy en el piso más alto de un edificio de esta malsana, enfermante, contaminada y matadora ciudad; tengo la distancia perfecta para observar, mientras estoy a salvo, a la enorme como gusanera multitud; veo, mientras inmune de eso y del bochorno saboreo una heladísima cerveza, a muchas personas que van y vienen, que chocan, que se evitan, que se rozan, que se empujan en su afán primario natural y humano; que se apretujan, se atraen y se rechazan; mujeres jóvenes y viejas, hombres jóvenes y viejos, adolescentes, niños que van perdidos aún de las manos de los adultos, algunas mujeres y algunos hombres amorosos, posesivos o inseguros tomados de las manos, también personas solas en medio de la garullada, personas, muchas personas, gente, mucha gente; ríos humanos en senderos urbanos.

Esta impresionante escena real me remite a otra virtual o implícita, pero más impresionante aún: al origen de ésta; a las mil copulaciones que dieron origen a este presente que veo y al futuro, al futuro que se crea en cada momento, en cada apareamiento humano. Es increíble la enorme capacidad de reproducción de la raza humana; casi igual que las ratas o las cucarachas; tenemos esa inmensa capacidad de reproducirnos arrebatándole a la fauna y a la flora sus espacios que además con nuestra presencia contaminamos. Es una devastadora guerra del urbanismo arrasador y despiadado contra todo paisaje natural y virgen. Es asquerosamente increíble nuestra capacidad invasora; allí donde antes era verde virgen y florido bosque, hoy es un gigantesco complejo habitacional de habitáculos sobre habitáculos, verdaderas y gigantescas colmenas repletas de celdillas elevadas a escala incómoda e indignamente humana; me sorprende ver cómo reaccionan las personas cuando un insecto entra en sus casas; lo persiguen con intensidad ansiosa hasta fumigarlo o aplastarlo y no se dan cuenta de que ellas mismas en su *“evolución civilizada”* fueron quienes invadieron su hábitat; como ya agotamos el espacio terrestre ahora invadimos el aire como en una desesperada, vana e inútil intención de apoderarnos del cielo o a lo sumo de la luna o de algún planeta depredable aún para invadirlos y acabarlos no contentos con haber acabado con la Tierra.

Pobre gente, y mucho más aún; pobre gente adinerada que debe su riqueza a la pobreza, es rica

gracias a la pobreza de los pobres; en ellos sostiene su estatus. Pobre gente que compra pedazos, pedacitos y pedazotes de planeta... ¡Qué risa! ¿De dónde acá, en qué momento y a quién por primera vez se le ocurrió vender un pedazo, pedacito o pedazote de Tierra, de planeta? Si bien es cierto que en un momento dado de la historia del mundo se inventó eso de la escrituración o titulación de tierras para que el hombre pudiera ejercer control y dominio sobre ella, también es cierto que al tiempo que el hombre cree que por ello la Tierra le pertenece, desconoce hasta el cinismo que es él quien le pertenece a ella. Qué risa escuchar a alguien vanagloriarse al decir: *“yo tengo una finca de tantas hectáreas...tengo esto, aquello, o lo otro”*, y al fin de cuentas no se tiene ni a sí mismo; hay gente tan, pero tan miserable que lo único que tiene es dinero. Por lo demás; ¿quién tiene a quién, el hombre al dinero o el dinero al hombre? Bueno es tener dinero pero sobre todo para saber quién tiene a quién. Tener Tierra, carros, edificios, ganados, acciones, hasta personas, muchos bienes; pero no se tiene ni a sí mismo porque hasta sus cuerpos y sus almas pertenecen a otros: Una persona a otra, una mujer a un hombre, un hombre a una mujer, a los padres, a los hijos, a los apoderados, a los jefes, a Dios, al diablo, a la Iglesia cínica e hipócrita, al Estado ladrón y perverso.

Tener, tener y tener. ¿Tener qué? Todo y nada, dinero; la piel, la fibra, la esencia arrancadas de nuestros propios primos hermanos los árboles; que así como de los prisioneros de los campos de

concentración nazis hacían jabón, de ellos, hacen papel para nuestros billetes; qué raza la mía tan zángana y dañina, tan parásita; cómo tomamos sin permiso de nuestra Madre Tierra todo para nuestro mezquino uso, abuso y despilfarro.

El ser humano es lo más dañino, peligroso y asqueroso que vive sobre la faz de la Tierra; a expensas suya esquilmandole, succionándole descaradamente todos sus jugos sin retornarle nada favorable a cambio y como si fuera poco, de sobremesa arroja en ella todas sus miserias, sus inmundicias, la escupe, le arroja encima su asquerosa basura y finalmente la basura que es en sí mismo el ser humano como tal, es lanzada a sus entrañas y la Tierra acoge a ese ingrato, mezquino e infeliz piojo humano que tanto daño le hizo; pero no lo acoge con amor sino como a cualquier cosa que a de nutrirla aunque a su pesar pueda indigestarla; bien sea para luego a su vez producir frutos benéficos o maléficos; los árboles y demás plantas de dulces, saludables, agradables y sabrosos frutos nacen de los seres buenos y generosos que la Tierra acoge con amor; los árboles y demás plantas espinosas de frutos agrios, venenosos, repugnantes y espantosos nacen de los seres malos e injustos que la Tierra acoge con rencor.

La Tierra es un cuerpo viviente que siente y respira, que sufre y llora, que se enferma, que se cansa, que se agota, que se reseca, que se agrieta, que se lesiona, que cicatriza, que se renueva, que se ve

obligada como cualquier criatura a defenderse, que busca naturalmente su propio equilibrio y si no lo encuentra, sigue buscándolo y si sigue sin encontrarlo se ve obligada, porque ya no aguanta más, a explotar.

Todo el daño hecho a la naturaleza tiene una simbiótica y muy íntima relación con el psiquismo enfermo, la sordera de la consciencia moral y la perenne e incurable torpeza de los seres humanos.

Pero *“todo es uno”*, es la universal verdad que se ha cumplido, se cumple y se cumplirá por los siglos de los siglos, por siempre jamás y más allá de cuando nuestro planeta sea una simple masa aleatoriamente desordenada, yerta y fría que vagará perdida en el espacio sin testigos que cuenten su desgraciada historia al haberle servido de hogar a los mezquinos humanoides.

El metal, todos los metales, las aleaciones de aluminio, hierro, estaño, cobre, oro, plata y bronce para nuestras monedas; sacarle estos componentes a la Tierra es como sacarnos a nosotros, los glóbulos blancos o rojos o los dientes o el calcio o las neuronas... ¡Pobre Tierra horadada, saqueada, envilecida y devastada! ¡Pobres seres humanos tan ignorantes, brutos, vulgares e insensatos! ¿Por qué me tocó compartir esta suerte de tener que ser congénere de semejantes bichos? Bichos dañinos y asquerosos que no les importa cuánto mal tengan que causar para obtener un pedazo más de planeta,

un poco más de su néctar esencial, su agua, su petróleo, sus diamantes, esmeraldas y su oro; un poco más de su riqueza. ¡Con qué descaro rapamos su metal y sus árboles para comprar con lo que no nos pertenece lo que sin pertenecerles nos venden! Desde que el humanoide supo que podía obtener dinero con los recursos de la Tierra, está dejándola sin recursos por dinero.

A veces tengo la dulce fantasía de ser algo así como un vengador y exterminador de bichos humanos y cada vez que vea a uno arrojando alguna porquería contra la Madre Tierra; acercármele muy suave y tranquilamente, decirle muy quedamente al oído: ¡eso-no-se-ha-ce!, y obligarlo a tragársela, si lo que hace es escupir, hacerle recoger con la lengua su porquería y si se caga, hacerle tragar su propia mierda y con mis botas metálicas volverlo mierda; si quema el bosque o la más simple hierba, dispararle sopletazos de fuego y envolverlo en él. Si veo a otro desperdiciando el agua lavando su mugriento carro... colgarlo como un cuero de sus cinco puntas abiertas y de lo más alto de cara al sol para que se tueste y quede completamente deshidratado, si veo a otro humanoide cortando un árbol, con él mismo empalarlo y dejarlo sembrado, si veo a otro cazando; cazarlo de la peor manera posible. Sería apenas un poco de justicia ante el daño irremediable que los bichos humanos han cometido contra su Madre Tierra.

La Madre Tierra castiga, pero es tan generosa que se tarda eternidades y entonces los castigos que recibe inmisericorde hoy una generación, pueden ser debidos a los delitos que contra ella cometió la misma o alguna generación pasada. Los hijos no tendrían que pagar los platos rotos de los padres; son los padres mismos quienes deben pagar por sus actos. Que cada uno pague por el daño causado...Pero es que la Madre Tierra no siempre diferencia, acoge a todos sus hijos por igual. ¿Cuántos crímenes estaremos aún pagando que fueron cometidos hace quinientos ó mil ó mil quinientos ó dos mil ó cuatro mil millones de años o más? Ni en eso La Madre Tierra diferencia a sus hijos, todos hemos sido igualmente depredadores, ingratos e irresponsables con ella, ni siquiera merecedores del agua que ella misma nos da de beber.

Somos igualmente irresponsables con nuestra Madre Tierra cuando le arrojamos nuestra basura indiscriminadamente encima, cuando deforestamos, cuando la horadamos para arrancarle sus preciosos fluidos, minerales y metales que sólo y nada más le pertenecen a ella y son sólo de ella. Fue el hombre que en su mezquino afán de engullirlo todo se inventó que había que arrancarle sus esencias, somos irresponsables cuando la arañamos tanto que la agotamos y la volvemos árida hasta la polvareda que se lleva el viento, sin tener en cuenta que la Tierra se cansa, se agota, se reseca. Somos irresponsables, cuando malgastamos el agua, cuando consumimos

desmedidamente energía eléctrica, cuando la incendiarnos, cuando la escupimos. Todo ese mal y más retornará a nosotros con creces. Todo el daño que le hacemos inevitablemente se nos devolverá. A veces, cuando la naturaleza, la Tierra misma no se sacude causando estragos; pareciera que ella y sus hermanas y otros aliados se alinearan de algún modo y conspiraran para confundir a los seres que la habitan propiciando que entre si se exterminen.

Son absolutamente impresionantes por lo escalofriantes y pavorosas las imágenes de estas personas desesperadas en los altos pisos de una de las torres gemelas del World Trade Center de New York, Estaban inevitablemente condenadas a las dos únicas opciones que su destino y la inexorable realidad les ofrecía: Saltar al vacío y morir desintegrados de un impacto brutal o quedarse a morir abrazados y consumidos dolorosísima, torturante y lentamente hasta las cenizas por el fuego voraz. Siento que estas imágenes me acompañarán con perplejidad por siempre.

### **Lunes, 4 de agosto de 2003**

Por estos días escucho en las noticias, de muertos y muertos; hasta más de catorce mil sólo en Francia en un lapso tan sólo de dos a tres semanas, por las intensas oleadas de calor; antes había escuchado y visto también en los noticieros, de incendios



forestales, altos porcentajes de territorios devorados por el fuego, muchísimo antes, en 1987 escuché que en Grecia hubo una oleada de calor tan fuerte que las personas para protegerse se metían en las alcantarillas y ni ahí se lograban salvar.

Yo particularmente no le temo a nada de eso, pues estoy absolutamente convencido de que los seres humanos somos unos completos indefensos frente a lo que la Madre Tierra en razón de su sabia naturaleza disponga... ¿Qué podemos hacer frente a un terremoto, un huracán de alto grado, una devastadora tormenta, una inundación, un tsunami, un volcán? Nada; a veces cuando es posible predecirlo se puede evacuar el lugar, pero a veces ni así, tal como sucedió con el volcán Nevado del Ruiz, cuya máxima autoridad política estaba muy ocupada viendo un *“interesantísimo”* partido de fútbol cuando unos representantes del pueblo trataron de insistirle para que diera finalmente la orden de evacuar la población de Armero entera; 25.000 personas perdieron la vida por esta insensatez, incluido este incompetente mismo.

Es cierto que lo que va a pasar pasa y no hay nada ni nadie que pueda impedirlo, sobre todo cuando se trata de unos efectos de los cuales nosotros mismos, los humanoides, somos la causa. Yo no le temo a lo que va a pasar y a lo que está pasando con el planeta; yo a lo que le temo es a la ignorancia, a la insensatez, a la imbecilidad, a la ambición desmedida, brutal y egoísta de los que se quieren

enriquecer a costa de la propia Tierra, sembrando porquerías en ella, abusando de ella y utilizando para ello a la gente más humilde, a la ambición desmedida, brutal y egoísta de los que fabrican armas y artefactos afines para la guerra y más aún le temo a quienes por sus politiquerías propician tales guerras, le temo a la estupidez, a la ignorancia, a la imbecilidad, a la insensatez, al egoísmo de mis congéneres los seres humanos, que irónicamente son lo peor que ha podido soportar éste, hasta ahora maravilloso planeta; le temo a, desde el que la escupe hasta al más miserable de todos los genocidas, pero sobre todo por un solo motivo: por su imperdonable, brutal e imbécil ignorancia.

Desde mí llegada a la adolescencia me he sentido viviendo en un lugar equivocado; nunca he podido comprender la actitud tan egoísta e imbécil de la gran mayoría de los seres humanos; son máquinas de consumir y destruir. Desde entonces siempre he sentido mi secreto e inconfesado deseo de ser rescatado por seres de mundos mejores. No me adapté, ni he sido capaz de adaptarme a tanta insensatez, pero a pesar de eso, a pesar de que no me gusta estar donde estoy, trato hasta donde mi inteligencia me lo permita cumplir de la mejor manera posible mi papel aquí.

Siempre he sentido, no sé por qué rara intuición desde mi niñez cuando jugaba con el agua, que el origen de la vida estaba en ella y veía con gran tristeza cómo la gente la desperdiciaba, que sabía

también por esa misma rara intuición que una vez podía agotarse y con ella también el planeta. Hoy confirmo por todo lo que está ocurriendo alrededor del mundo en razón del cambio climático y el calentamiento global, que cada vez se hacen más cercanas las más enconadas, álgidas y cruentas guerras; las últimas de todas las más encarnizadas guerras antes del gran cataclismo universal, antes del fin. Tiempo en el cual, quien tenga agua tiene el poder; será el dueño de los demás seres humanos, quienes darán todo lo que tengan por el verdadero oro del momento: El agua potable. Es indignante y lamentable ver cómo algunos Estados permiten a algunas multinacionales y otras menores descaradas por el estilo robar el agua, que es un recurso de derecho universal que nos pertenece a todos los seres que la necesitamos, para después vendérnosla.

Hemos permitido por inercia que nos vendan nuestra propia agua con la complacencia de que la han tratado higienizándola, canalizándola y embotellándola disfrazada con la dulce trampa de colores y sabores en atractivas presentaciones. Es una suerte, y tal vez tengamos que agradecer que no se les haya ocurrido vendernos el aire que respiramos; por el aire contaminado que respiramos en las ciudades nos cobrarían un impuesto; el impuesto a la necesidad de respirar, y por el aire puro que respiramos en los campos verdes y naturales adonde no ha llegado el humanoide a contaminar, nos cobrarían otro; el impuesto por el derecho y la

necesidad de respirar aire puro, ese costaría el doble. Se cobrarían los humanoides utilitaristas y zánganos que representan al Estado, el costo por el trabajo que hacen los árboles al absorber venenoso dióxido de carbono y transformarlo en oxígeno puro.

Impuesto es lo impuesto, lo que se impone... “¡y ya! y ¡no rechiste!” ¿Cómo somos capaces de permitir que después de “comprar” un lote de Tierra, un predio, una casa, un apartamento así sea en un 40avo piso, tengamos que pagar eternamente, más allá de la muerte, el tal impuesto predial, ese invento de parásitos? Esto más allá de ser algo que se impone, un impuesto, es un robo. ¿Quién más si no nosotros mismos permitimos tal vejamen del Estado ladrón y perverso en contra nuestra? ¿Quién le da al Estado ladrón licencia para robar? Nuestro milenario silencio aquiescente es cómplice.

Regresando al asunto de nuestro sagrado derecho universal al agua; en mi niñez era impensable que la podrían embotellar y vender, lo cual da cuenta de haber sido ya convertida en objeto comercial, de su escasez, y de su inminente agotamiento a causa de las sequías provocadas por la ambición desmedida de los humanoides sin consciencia moral.

Entonces es algo que no sucederá en el futuro; está sucediendo ahora mismo; los verdaderos y naturales dueños del agua estamos permitiendo que unos mezquinos negociantes y traficantes se apoderen de ella y tengan el monopolio y cuando los riachuelos

subterráneos que son las necesarias arterias de la Tierra que la mantienen hidratada, y los manantiales se sequen y el candente sol nos abrace será el momento de los más terribles enfrentamientos para conquistar el poder que otorga el agua. Unas guerras absolutamente encarnizadas y crueles en campos áridos y desérticos bajo un ardiente sol que amenaza cada vez con devorarnos con sus explosivas bocanadas de inclemente fuego.

Tal parece entonces que la teoría científico-profética, aquella de que el sol se quemará a sí mismo en cinco mil millones de años, se está cumpliendo y se cumplirá muchísimo antes de lo previsto; *“...nuestro sol, convertido en un gigante rojo de proporciones asombrosas, llegará en su fase de inflación a ocupar durante el día la mitad de la bóveda celeste; un espectáculo aterrador, sin testigos para relatarlo. Y no se detendrá allí: seguirá creciendo el coloso de fuego, engullendo a su paso los planetas interiores; el nuestro será el tercero en desaparecer, previamente convertido en una sopa esférica de metales fundidos.”*<sup>1</sup> - y no sólo se quemará a sí mismo, lo cual implicará que la intensidad de su calor aumentará tan considerablemente que provocará una descomunal inflamación que nos envolverá a todos en sus llamas, nos envolverá y envolverá todo, hasta los océanos arderán, todo será cenizas, no habrá testigos que

---

<sup>1</sup> Vélez Montoya, Antonio. Principio y fin. En Revista Universidad de Antioquia ¿El amor?/ Textos de Platón, Ovidio, Feuerbach, Ortega y Gasset, Truffaut, Bufalino. Volumen LXII #234, Octubre/Diciembre, 1993. Medellín, Colombia. Pág. 89